No he podido prescindir de estas reflexiones, que provienen de todas las fases de nuestra situacion, porque constituyen el fondo de esta verdad, y porque la profesion de esta verdad es nuestro único remedio. Sí, *nosotros hemos rechazado el cielo, y la tierra se retira ante nosotros. La nada ha sido puesta allá arriba y el caos debia seguirse aquí abajo.* Todo consiste en esto. Creamos en aquel que debió á la luz de la verdad esta penetracion ó perspicacia tan anticipada de nuestras catástrofes, y creamos en estas mismas catástrofes.

Para este efecto, así como él las veia tan claramente en el porvenir, lo menos que podemos hacer es, ya que nos hallamos en este porvenir, hacernos cargo de ellas en lo presente y en el dia de mañana que nos preparan.

II.

CARACTÉRES DEL MAL PRESENTE.

No es ya posible la ilusion. Hemos creido por largo tiempo hallarnos en vias de progreso, habiéndose representado el siglo á sí mismo la parodia de la civilizacion. Háse aturdido con esas ideas de civilizacion y de progreso, como con una especie de apuesta contra la verdad de las cosas. Pero esta verdad, acumulándose con toda la violencia que se le hacía, ha estallado al fin irónicamente con el estrépito de un trueno, y nos encontramos á fuerza de progreso y de civilizacion en plena barbarie.

Lo que constituye la gravedad de este estado, es que no es efecto de los últimos acontecimientos. La sociedad francesa está henchida de nuestras desgracias, no siendo la mayor de todas el Imperio, ni la invasion, ni la Commune, ni el conjunto de todos estos males, sino el mal social que las ha producido y que sobrevive á ellas, acrecentado con todo lo que hubiera debido realzarnos. Este mal pesa sobre nosotros con todo el peso de un siglo, y al mirar hácia atrás, se sigue claramente la marcha de su agravacion.

Hemos llegado á él de revolucion en revolucion; pero como cada una de dichas desgracias, al devorar el régimen existente, concibió otro nuevo mas ó menos á imágen suya, este nuevo régimen producia como un reflejo de órden y de estabilidad que trasformaba á nuestros ojos la caida en progreso, y nos ocultaba, con una máscara, la decadencia contínua de que él era tan solo una estacion y una etapa.

Estas revoluciones y estas clases de régimen sucesivos, hallándose todos afectados del mal de donde provenian y que continuaba sus estragos en ellos y por ellos, solo nos salvaban diaria y vitaliciamente, por decirlo así. Hasta concurrian por medio de una duple y recíproca accion á nuestra ruina: la Francia desgastando sus gobiernos, y éstos desgastando la Francia, hasta que no ha habido, al parecer, ni Francia ni gobierno.

En las revoluciones precedentes, si bien se destruia, quedaba aun cierto régimen del mismo órden para poner por algun tiempo en lugar de lo que se destruia; Y si bien se descendia, habia aun un escalon en qué poder sentarse, y quedaba con qué aparentar un pueblo y un gobierno. En el dia ya no hay nada de esto, pues hemos llegado al fondo, al vacío: y como la Revolucion

rompe tras sí los escalones que recorre, quedamos á discrecion suya, por efecto de la misma ley que nos ha infeudado á su poder, á menos que, al golpe de esta última esperiencia, la mas fatal de todas, no abjuremos de ella. ¡Bien ciego y bien insensato sería quien no la reconociera y no la repudiara en este camino de precipicios y de ruinas por el cual nos ha conducido al abismo social que se abre al presente á nuestras plantas!

Tal es su siniestra fecundidad, que á causa de los nuevos males con que nos amenaza, consigue distraernos de los mas grandes que, segun parece, pudo causarnos, de nuestras catástrofes nacionales; y esto bastaria para hacérnosla aborrecer.

¿Cómo no sucede lo contrario? ¿Cómo no nos han hecho huir nuestras desventuras nacionales de las causas revolucionarias que nos las han atraido? ¿Cómo es que al golpe mismo de estas terribles desgracias han obrado estas causas con mas violencia, hasta el punto de que lo que debia confundirlas, solo ha servido para desencadenarlas, y de que hoy mismo insulten nuestro luto, sin que despues de haber hecho abortar nuestra reaccion patriótica, sean ellas mismas el objeto de una seria reaccion social?

Aquí tocamos al mas grave de todos los síntomas de nuestro estado.

Todas las revoluciones anteriores habian provocado en Francia reacciones saludables, ninguna de las cuales, sin duda, prevaleció definitivamente, porque conservaban el principio mismo de la Revolucion, rechazando sus efectos, pero que al fin atestiguaban una vitalidad nacional. Despues del Terror, hemos tenido la magnífica aurora del Consulado. Despues de Waterloo, hemos tenido el gran movimiento francés de la Restauracion, que en su lucha con la Revolucion en el seno de la libertad, aparece claramente en el dia como el apogeo de todas las grandezas de este siglo. Despues de derribada ésta, hemos tenido, aunque con las mas falsas condiciones, la firme reaccion conservadora personificada en Casimiro Perier. Despues de la caida del gobierno de Julio, se entra en una fase mas sombría, y aparece la guerra, no ya política, sino social. El socialismo conmueve los fundamentos de la propiedad, de la familia, de la religion; las jornadas de Junio abren una mina donde parece que va todo á abismarse en sangre; y no obstante, no se hace esperar la reaccion; hace frente á la Revolucion y la salva de sí misma salvando á la sociedad. Grandes caracteres y elocuentes voces, Falloux, Montalembert, Berryer, consuelan y fortifican la Francia; este movimiento salvador une y atrae hácia sí todas las fuerzas vivas, todos los sentimientos generosos del pais de todos los partidos, y arranca todavía otra vez su presa á la Revolucion; tenemos la espedicion á Roma, la ley sobre la enseñanza; y el pueblo mismo, en medio de la carnicería, se muestra todavía leon en los funerales de la heróica y santa víctima de nuestras discordias, el arzobispo de París.

En el dia, y despues de las catástrofes de otra suerte mas grandes, ¿qué reaccion viene á atestiguar la misma vitalidad?

Verdaderamente que si la reaccion debe apreciarse por el azote que nos ha herido, los innumerables desastres que han descargado sobre nosotros y que nos se-

ñalaran en la historia de los infortunios nacionales y de los peligros sociales un lugar á ninguno otro igual, hubieran debido suscitar del medio de estas desgracias y de estos peligros, un incomparable movimiento de regeneracion contra lo que nos los ha ocasionado.

Todos nos lisonjeábamos ¡ay! de esta regeneracion en lo mas riguroso de nuestras catástrofes, y este noble pensamiento armaba nuestros brazos y sostenia nuestros ánimos, lo mismo contra nosotros que contra el enemigo. ¿Quién no ha tenido este bello sueño y no se ha mecido con él en la tempestad?

Séame permitido reproducir aquí, en nombre de todos, lo que me decia entonces á mí mismo, preparándome á repetírselo á mi pais.

«La generacion presente, escribia yo, habrá sido rehecha. Habiendo entrado con su frivolidad, su sibaritismo, su egoismo, sus innumerables divisiones de partidos, de clases, de preocupaciones y de intereses en la fragua de esta guerra, saldrá de ella fundida en una fraternidad nacional de estimacion recíproca, de sangre mezclada en todos los campos de batalla, de caracteres templados en el fuego, de formalidad, de vigor, de dignidad y de resolucion.

»Habremos sido sumergidos en la Estigia, y saldremos de ella invulnerables á todo cuanto pudiera afeminarnos y corrompernos.

»Las mismas desgracias que tenemos que reparar y que vengar serán saludables, en cuanto que separándonos de las seducciones enervadoras y de las falaces ilusiones de la prosperidad, nos harán luchar con dificultades y pruebas que reanimarán esas varoniles

disposiciones para la obra comun que las reclama.

»La guerra no ha terminado todavía, porque ¿quién puede resignarse á nuestros reveses? ¿Quién no adquiere en ellos nuevo vigor? La guerra no ha hecho mas que trasformarse. Ahora vamos á hacérsela al enemigo en nosotros mismos; y mucho mas terrible que si la hubieramos continuado bajo su primera fase.

»De esta guerra deberá datar una nueva Francia; una Francia de union, de concordia, de probidad, de emulacion, de sacrificio para el bien comun que habrá llegado á ser particular á cada uno de nosotros.

»¡Ah! ¡no desconozcamos nuestras desgracias, antes bien, propendamos á honrarnos mas con ellas! ¡Conservemos las virtudes adquiridas en esta horrible lucha, y no volvamos á nuestros vicios «como el perro vuelve á lo que ha vomitado!»

»Para permanecer dignos ciudadanos de un pais que ha sabido hacerse respetar y que quiere hacerse temer, conservemos el respeto de nosotros mismos y el temor de cuanto pudiera hacernos recaer.

»Apretemos los frenos de nuestra conciencia, si queremos librarnos de todos los yugos indignos que hasta aquí nos han deshonrado.

»La Francia habrá estado próxima á la muerte, y «el estar próximo á la muerte hace ver claro y con exactitud, dice muy filosóficamente Víctor Hugo en sus *Miserables*. Esto sacude y hace caer todo lo que es falso, vano, corrompido y perecedero: y hace aparecer en nosotros todo lo que es noble, sólido, puro y permanente. Sí, todos nosotros saldremos, de este baño de sangre y de lágrimas, regenerados ó en vias de serlo; y cuando

habiendo cesado en sus furores la tempestad, corramos por entre todas las ruinas que nos ha causado, al encuentro unos de otros, y qué (¡al menos los que tengan la fortuna de encontrarse!) nos arrojemos mútuamente en los brazos, nadie tendrá que disimular su trasformacion, porque todos nos ofrecerán el noble espectáculo de ella.

»Y además, en fin, ¿es creible que quiera la Francia separarse de sus queridos muertos que han sucumbido por ella?... ¿Que quiera romper con lo mejor, con lo mas sagrado y heróico que posee y que por lo menos no tenga esa religion de la muerte por la que se entra en la otra vida? No, los lutos de la Francia, tan numerosos y tan grandes, de esa noble viuda de tantos hijos que cayeron para defenderla y vengarla, responden de su piadosa fidelidad á sus memorias, de su fé en su inmortalidad, y de su resolucion á unir indisolublemente en su corazon el culto de ambas Patrias.

«Lo que volverá á salir por lo menos de este cataclismo, añadíamos, es la distincion del grano y de la cizaña, es la separacion de los buenos y de los malos, de los valientes y de los cobardes, de los verdaderos ciudadanos y de los falsos patriotas, de los héroes y de los bohemios. Háse practicado la esperiencia en el campo mas propio para que diera resultado. Sábese desde hoy para siempre lo que son puestos al crisol esos eternos ahulladores de cinismo, de patriotismo, de republicanismo que solo saben salvarse á sí propios, que no tienen arrojo sino para huir del enemigo, para reservarse ú ocultarse con el fin de ser ellos mismos los enemigos de toda defensa nacional en el interior, y de todo órden

así como de toda libertad en lo interior, sin atreverse ni aun á acudir á levantar nuestros heridos y nuestros muertos, porque se hallan ocupados en calumniarlos y en esplotar las desgracias de la patria en pró de su ódio social y de su rapaz ambicion. Sí, la esperiencia está hecha: *El Dios de las virtudes ha llegado con su criba en la mano y ha limpiado su era.* Y esta prueba de los hombres habrá sido al mismo tiempo la prueba de las teorías con que se inspiran. Sabráse en adelante lo que quieren decir socialismo, solidarismo, humanitarismo, radicalismo, etc. etc. Nadie se dejará ya sorprender ni espantar con esas sonoras palabras y esas grandee máscaras, recordando el gran vacío, lo falso, lo cobarde y horrible que han dejado ver, y todos se volverán hácia la justicia, la estimacion y la admiracion de esos sencillos y sinceros rostros que representan fe, honor, patriotísmo, valor, sacrificio, cristianismo. Y la sociedad, *que no vive solamente de pan*, sino de convicciones y de doctrinas, y que necesita de ellas hoy mas que nunca, no solamente para vivir, sino para revivir, no podrá dejar de escoger entre lo que constituye la vergüenza y lo que es el honor, entre lo que es la muerte y lo que es la vida.»

Esto decíamos para consolarnos y fortalecernos. Tal era la Francia de nuestros sueños en los cortos momentos de descanso que nos permitian las angustias del pais.

¿Qué tenemos en su lugar? ¡Ah! me avergonzaría de mí candida ilusion y rasgaria estas páginas, si no hiciera honor á la verdadera Francia que me las ha inspirado, y si no sacara de ellas para la misma saludables lecciones.

Preciso es honrarnos al menos confesándolo, y sacar de ello para tiempos mejores un grave motivo de responsabilidad contra los autores y contra las causas de esta cruel decepcion; hemos sido indignos de nuestras desgracias. Estas desgracias, que pueden llamarse epícas, solo las han sentido corazones vulgares. Han sido desgracias áridas por decirlo así, remedios que no han operado, y que no han hecho mas que agravar la enfermedad que debian curar. Por nuestra parte, no hemos resistido reaccionando, no hemos saltado de rechazo, al sentir el castigo, hasta las causas que nos lo han atraido, hasta la mano de donde ha partido. Lo hemos sufrido como el animal, inconscientes acerca de su razon y de su virtud. El ejército, debemos decirlo, ha cumplido con su deber. La sociedad no ha cumplido con el suyo. Ha sido salvada militarmente, pero no hace nada para salvarse ella misma moralmente, en el foco mismo de todos los peligros, de todas las catástrofes que lleva en sí propia. No parece sino que ha acontecido un cataclismo físico cuyos únicos agentes hubieran sido los elementos de la naturaleza, y aun en tal caso, seria preciso ver en ellos los instrumentos de la Justicia celeste. Pero habiendo provenido nuestras desgracias del órden moral y social, es decir, de nosotros mismos, no hacer nada en este órden para repararlas y conjurarlas, volver á incurrir en nuestros errores y en nuestros vicios hasta el punto en que quedaron interrumpidos, para continuarlos, para agitarnos en las mismas miserias, las mismas ilusiones, los mismos espedientes; no armarnos de una gran sinceridad y de un gran valor para estirpar el mal y para abrazar el bien; no sentirnos escitados á

favor de este por lo noble de la empresa y por la responsabilidad para el porvenir, y dejar naufragar por sí mismo el destino de un gran pueblo, esto seria el síntoma de una decadencia final, que mereceria salvarse moviendo la cabeza y diciendo: ¿Es esta la nacion tan bella y que era el regocijo de toda la tierra (1)?

Hé aquí lo que debería hacer condenar para siempre la Francia, si esto no revelara aun más el horrible mal que la vence y que ella soporta.

Este mal ha desconcertado, comprimido, ahogado toda reaccion generosa. Despues de haber causado muchas desgracias y de haber hecho desertar y estorbado la liberacion, y cuando hubiera debido ocultarse y huir, ha tomado la iniciativa, se ha puesto encima y es el triunfador. Los vencidos son los que han dado su sangre y sus vidas por su país, los vencedores son los que le han arrojado lodo al rostro. ¡De la alta bohemia hemos caido en la baja, en la de la del fumadero y de la taberna! ¡La noble Francia ha llegado á ser la presa de los truanes!

Despues de la invasion, la communne: despues de la communne en París, la communne por todas partes; tratada en un principio como beligerante; despues como partido político, dando jaque á toda regeneracion, y sin cuidado alguno ni vergüenza por nuestros desastres nacionales, é impulsando á la suprema catástrofe social.

Este es el último acto de la Revolucion.

En los actos precedentes se revestía aun con formas; afectaba todavía el carácter doctrinal y se cubria con las

(1) Jeremias, *Lamentaciones*, 2, 15.

teorías de Proudhon y de Luis Blanc; atendia todavía á los libros. Hoy ha arrojado todos estos disfraces y máscaras despues de haberlas gastado, y se presenta al descubierto en el fondo y en su fin. Es el brutalismo; el brutalismo de las masas que ha salido del ateismo de los literatos y de la corrupcion de los ricos y afortunados. Se nutre con sus mismos escesos; levanta su horrible cabeza hasta el cielo contra Dios y contra el hombre. y cree de tal modo haber concluido con la sociedad que se arroja de un salto sobre ella como sobre una presa aturdida que ya no sabe erguirse y volverse contra aquella.

Es el genio de la destruccion, carácter de la Revolucion que jamás ha sabido ni podido hacer otra cosa, y que en el dia no tiene ya límites y se dirige á la nada. Es ese genio que Milton, que lo vió operar, presenta, en su verdadera inspiracion, con estas palabras de Satanás y de sus negros cómplices: »Sólo quiero hacer á los demás tales como yo soy, aunque por esto se redoblarán mis tormentos; porque solamente encuentro en la destruccion lenitivo á mis pensamientos sin reposo... Estiéndase pues lejos la destruccion... Jamás, será empresa nuestra hacer bien, nuestra única delicia será siempre hacer mal, por ser lo contrario de la volumtad de Aquel á quien resistimos.»

La Revolucion es propiamente negacion y destruccion. Examínese bien en el órden doctrinal, político y social y no se verá otra cosa, hasta el punto de no poderse conservar ella misma sin el auxilio de los conservadores, cuya demencia ha sido siempre mantenerla contra ellos mismos.

Y este carácter destructor es completamente lógico, digo mas, necesario; es el Ateismo en accion. Teniendo la Revolucion por principal objetivo á Dios, es decir, *Al que es*, de quien y por quien todo es, todo vive y todo subsiste en el mundo, y que es el gran *Conservador*, se encuentra fatalmente condenada *á hacer lo contrario de la elevada* voluntad y de la naturaleza misma de Dios, á destruir. Obrar en favor del Ateismo es destruir, combatiendo al Ser mismo en todas sus manifestaciones. Y si en el dia la Revolucion ha llegado al último límite de la destruccion, es porque ha llegado al último límite del Ateismo, y porque la ecuacion ha llegado á su colmo.

Este síntoma, preciso es reconocerlo, es espantoso.

Sin embargo, hay otro síntoma que lo es todavía mas, á saber; la complicidad de las *gentes honradas* de la sociedad misma.

Me esplicaré.

III.

COMPLICIDAD SOCIAL.

Si la Revolucion, y para llamarla con su último nombre, si la Commune viniera á chocar contrá una sociedad completa y compacta en sus creencias, se estrellaria en ella y seria lanzada al abismo de donde sale, lejos de arrastrarnos á él. Para hablar con mas claridad, no existiria. Si existe, en efecto, es porque ha encontrado con qué formarse en nuestra sociedad, porque encuentra con qué desarrollarse, es porque nos hallamos en sazon para ella, maduros para la destruccion.